



AYER Y HOY

REVISTA ARTÍSTICO-LITERARIA
EDITADA POR
LA ASOCIACIÓN
DE ARTISTAS
TOLEDANOS

Año I • Redacción: Gigantones, 3 • Toledo - Octubre 1949 • Núm. 10

No puede ni debe permanecer indiferente AYER Y HOY ante la próxima apertura de curso en la Escuela de Artes y Oficios. Es el único centro oficial en Toledo donde el obrero tiene facilidad de adquirir la instrucción artística que necesita para perfeccionar su oficio, dándole el sello de buen gusto que debiera presidir toda manufactura toledana.

Ya que Toledo es todo arte, no debiera admitirse un solo obrero en los talleres particulares ni oficiales de esta ciudad, sin haber aprendido las artes del dibujo y sin haber adquirido la referida cultura artística, para ser consciente de lo que construye y de lo que destruye. ¡Cuántos atentados artísticos se hubieran evitado si el albañil, el carpintero, el herrero, etc., se hubieran dado cuenta del valor artístico de las cosas nuestras! Si hubieran sentido ese respeto hacia la obra de arte del que, antes de romper o deshacer una cosa cualquiera, va con su pensamiento hacia el artífice, anónimo a veces, que calculó y puso sus cinco sentidos y cariño en el trabajo que ahora en un momento se destroza de una manera brutal; o bien, con revocos absurdos, se tapan labores árabes, mudéjares, visigóticas en patios, portadas, etc., contribuyendo así de una manera inconsciente a quitar el carácter a Toledo.

Aparte del dibujo, que es la base para cualquier oficio, las artes de la madera, del metal, de la piedra; la cerámica, como los esmaltes, el repujado, cincelado, damasquinado; las artes del cuero, el pirograbado; pintura decorativa y escenografía; modelado en barro y vaciado, etc., y para el elemento femenino, los encajes, bordado, tapicería, reposteros, alfombras de nudos. En una palabra, todas las manifestaciones del arte y, cualesquiera sean las inquietudes artísticas del obrero o no obrero, allí puede elegir y aprender la técnica de estas disciplinas para, con el caudal inagotable (por ahora) de motivos artísticos de Toledo, aplicar un adorno a un mueble, a una reja, a un libro, a un arma, etc. Es decir, ya que Toledo es único en el mundo, que sean también únicas las obras realizadas aquí.

Pero la Escuela de Artes va más allá todavía. Es muy necesaria la Historia del Arte y el conocimiento de los estilos, para completar la formación del obrero y que en su trabajo armonicen los motivos sin anacronismos de ninguna especie. Dispone, pues, de esa asignatura donde, con profesor competentísimo y con material gráfico abundante, puede completar esa formación artística.

Por eso es menester que el trabajador sepa beneficiarse de lo que a su alcance tiene. ¡Ya quisieran en muchos sitios disponer de un centro tan completo! Hasta Matemáticas, Gramática, Religión y Mecánica, fuera ya de las disciplinas puramente artísticas, puede aprender en nuestra Escuela de Artes todo el que quiera.

Esta Revista, velando siempre por la dignificación de los trabajos toledanos, invita a que acuda a la Escuela de Artes todo el que sienta esas inquietudes artísticas de que hablamos, para mejorar su oficio y para pasar ratos inefables descubriendo los secretos del arte.

EMILIANO CASTAÑOS

Las Exposiciones de la Feria

Como en años anteriores, en la feria de Agosto, ponía su nota de amor y afición al Arte las Exposiciones de Pintura de Educación y Descanso y la de la Obra Sindical «Artesanía». Miles de visitantes testimonian el interés que los toledanos van sintiendo por la labor artística local y provincial.

Un aplauso merecen estos dos Organismos que, en toda España, estimulan la vocación de quién sabe cuantos artistas, que sin ellos hubiesen permanecido ignorados, y que consiguen además, por un sentimiento de emulación y superación, refrescar con savia vivificante las facultades dormidas o anquilosadas de algunas ramas de la artesanía, impidiendo que ésta languidezca.

Un buen ejemplo de esto es la presencia, amplia y valiosa, de la más típica de las artes en nuestra ciudad: el damasquinado. Los diversos trabajos presentados acusan una técnica perfecta, imposible de superar ni alcanzar por procedimientos industriales. Hemos de destacar la novedad de temas tratados en algunas obras, como las presentadas por la casa Suárez, ejecutados por Moragón; al romperse con esta innovación los moldes tradicionales, fríos y manidos, se abren amplias perspectivas al limitado espacio de la difícil técnica del damasquinado, fuera ya de las composiciones geométricas y renacentistas. Ya sabemos que acaso no sea muy ortodoxo el llevar valores pictóricos al damasquinado; mas si los materiales siguen siendo el oro, la plata y el acero, no creemos pierda nada, antes al contrario, acaso sea esta la primera realidad total del deseo e ilusión de tantos pintores, desde los góticos a Robinski, de pintar con luminosidades áureas. Por otra parte, esta es la mejor forma de romper la competencia industrial y sacar del anónimo la personalidad de los artífices toledanos que trabajan este difícil arte, porque en obras de este tipo, auténticamente suyas, podrán estampar sus firmas que un día acaso sean famosas.

Muy notable ha sido la aportación de otras ramas de la artesanía: Bordados, Cerámica, Encuadernación, Grabado, Talla, Metalistería, Escultura, etc., y sobre todo la artesanía del Cuero, con una amplia y variada representación de indudable mérito.

Veintidós expositores han concurrido a la IX Exposición de Educación y Descanso, y en sus 72 obras presentadas, algunas conocidas ya, se aprecian los notables progresos realizados por algunos artistas con relación a la Exposición del año anterior; otros expositores muestran un estancamiento, peligroso, pero el tono general de la sala era satisfactorio. Hemos de hacer constar con alegría que el número de obras vendidas, sin ser extraordinario, ha sido alentador y estimulante. Esperamos que esta buena costumbre se mantenga en las sucesivas exposiciones para bien del arte toledano.

Una sala de la Exposición la llenaba una veintena de lienzos pertenecientes a la llamada «Exposición Viajera», o sea un grupo de cuadros seleccionados de la última Nacional de Educación y Descanso. Esta representación no da idea exacta del valor de dicho certamen, donde concurrieron más de mil quinientas obras. Nos pareció de lo mejor el cuadro «Vaquerías de Safont», del artista toledano «Barret». --A. DELGADO

ACTIVIDADES DE «ESTILO»

Con asistencia de las autoridades locales y provinciales, una de las noches de feria, se celebró en la Venta de la Esquina una cena homenaje al infatigable toledanista y excelente periodista D. Adoración Gómez Camarero, que, organizada por nuestra Asociación, congregó a su alrededor un numeroso grupo de amigos y admiradores, que de ese modo testimoniaron el apoyo moral a sus constantes campañas en pro de Toledo.

* * *

Se celebró la excursión a «El Castañar» el día 18 del mes de Septiembre. Un nutrido grupo de asociados y familiares, marcharon a aquellos pintorescos parajes. En concurso de trabajos artísticos, celebrado entre socios protegidos, dió los premios a Francisco Robles, por un apunte del Palacio, y a Justiniano Calderón, por un dibujo

de las ruinas de la Iglesia del Convento.

* * *

Con motivo de las pasadas Fiestas de la Liberación, el Ayuntamiento de Toledo organizó un concurso de dibujos sobre la gesta del Alcázar. Los trabajos presentados fueron expuestos en una de las salas del Ayuntamiento. Los tres premios otorgados lo fueron a Manuel M. Pintado, el 1.º, de 750 ptas., y el 3.º, de 250; y a Antonio Moragón, el 2.º, de 500 ptas.

* * *

En el Boletín Oficial del Estado, ha aparecido la concesión de 1.000 pesetas, por la Dirección General de Bellas Artes, para nuestra Asociación de Artistas Toledanos «Estilo», aportación otorgada con motivo de la pasada Exposición de Primavera.



Asociación de Artistas
Toledanos

Exposición de Otoño

BELLAS ARTES, ARTES APLICADAS Y
HUMORISMO

B A S E S

- 1.ª Tomarán parte en la Exposición cuantos asociados a ESTILO lo deseen.
- 2.ª Cada asociado podrá concurrir con cuantas obras crea convenientes.
- 3.ª Las obras deberán presentarse en forma que no ofrezca dificultad su colocación.
- 4.ª Si resultara insuficiente el local o las obras a exponer no reunieran las condiciones de dignidad artística, la Junta Directiva se reserva el derecho de seleccionar las que merezcan ser expuestas.
- 5.ª Los expositores acompañarán a las obras presentadas una lista de éstas, con sus títulos y precios, si estuvieran en venta.
- 6.ª Durante las horas de exposición, ESTILO tendrá en ella una persona de confianza encargada de la vigilancia y venta de los trabajos.
- 7.ª De las obras vendidas, quedará en favor de la Asociación el 10 por 100.
- 8.ª Los expositores acatarán la designación de sitios que se les marque por los encargados de montar el salón.
- 9.ª La entrega de los trabajos se efectuará del día 24 al 27 de Octubre en el Salón Alto del Ayuntamiento.
- 10.ª El concurrir a la Exposición supone el acatamiento de todo lo articulado.

PUBLICACIONES TOLEDANAS

Se ha publicado la Guía de nuestra Catedral, por obra del Canónigo Archivero de la misma D. Juan Francisco Rivera, que con un juicio exacto de lo que precisaba hacer, ha librado dura pelea para encerrar en el reducido espacio de un folleto de ciento doce páginas, como una Guía requiere, trescientas veintisiete fotografías, algunas de ellas a toda plana y todo lo bello que la Primada encierra, enumerándolo «a guisa de catálogo», como dice el autor escuetamente, pero también con justeza y sin omisiones, que es lo que el visitante curioso requiere.

* * *

También ha aparecido recientemente la segunda edición de la Guía de Toledo, de D. Pablo Gamarra; un librito muy útil de ciento veinte páginas, conteniendo sesenta grabados de los lugares más típicos e interesantes de nuestra ciudad. La rapidez con que fué agotada la primera edición es un elogio significativo de esta Guía, que nosotros anotamos.

* * *

Hemos recibido los dos primeros números de la «Revista Española de Educación Física», órgano del Colegio de Profesores de Educación Física. Queremos hacer aquí un sencillo comentario a esta publicación, que siendo de horizonte nacional, tiene su cuna en Toledo, y toledanos o residentes en nuestra ciudad, son casi todos los redactores y articulistas que en ella colaboran. Una veintena de interesantes artículos llenan las columnas del medio centenar de páginas de cada uno de los números aparecidos. La solvencia de las firmas y los temas tratados sobre Atletismo, Deportes, Medicina y Anatomía Aplicada a la Educación Física, la hacen altamente útil, viniendo a llenar un vacío en la técnica profesional de los deportes, de los que hoy todo el mundo opina, las más veces sin fundamento.

Nuestra sincera felicitación a su director, nuestro buen amigo Eleuterio Torrelo, cuya tenaz e infatigable gestión se ha visto premiada con la magnífica realidad de su Revista, a la cual AYER Y HOY desea una fecunda existencia.

* * *

Los premios de las Exposiciones de «Educación y Descanso» y «Artesanía»

PINTURA

Primeros Premios

Don Gregorio Villarroel Bautista, por su obra titulada «Toledo, vista parcial» (óleo); D. Pedro Quintanilla Otero, por su obra «Bajo el Puente de San Martín» (óleo); D. Francisco Guerrero Malagón, por su obra titulada «Puerta del Sol» (óleo).

Segundos Premios

Don Alfonso Bacheti, por su obra «Iglesia de San Lucas» (acuarela); D. Manuel M. Pintado, por su obra «Barco Pasaje» (acuarela); D. Julio Mayo Bodas, por sus dibujos a pluma.

Terceros Premios

Don Fernando Dorado Martín, por su obra «Camino de los Cigarrales» (óleo); D. Eusebio Sánchez Gómez, por su obra «San Juan de los Reyes» (óleo); D. Mariano Serrano Martín, por su obra «Plaza toledana» (óleo).

◀ ● ▶

ARTESANÍA

PREMIO DE INTERÉS NACIONAL

Don Lucas Vázquez, por su trabajo de cuero.

PREMIOS DE ARTESANÍA ARTÍSTICA

Primeros Premios

Don Mariano Moragón, por un cenicero damasquinado; D. Cecilio Béjar, por un busto en piedra.

Segundos Premios

Don Felix del Valle, por un portarretrato damasquinado; D.ª María de la Cruz Urdiales, de Calzada de Oropesa, por una mantelería en deshilado.

Terceros Premios

Don Mariano González Villalba, por un cuadro repujado en cuero; Muebles Gamero, por una librería estilo renacimiento.

OFICIOS ARTESANOS

Primeros Premios

Don Pedro Puebla, por una armadura del siglo XVI; Cerámicas Ruiz de Luna, por diferentes piezas.

Segundos Premios

Don Fidel F. Mazuelos, de Talavera, por su colección de zapatos y botas; D. Guillermo Robledo, de Torrijos, por dos bridones.

Terceros Premios

Don Manuel González Martín, por su aguja de hora, punto en hueso, a punta de navaja; D. Ruperto López Fernández, por un buque cañonero.

TOLEDO EN EL ARTE

ARTE MOZÁRABE TOLEDANO

Por GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

El arte mozárabe, según el concepto que de él tenemos, es el que menos claro se ve en Toledo, pues caso de no estar equivocados, es el arte del cristiano que convive, o ha convivido, con árabes dominadores. El mozárabe aprendió el arte califal cordobés y, al llegar épocas de intolerancia, se refugió en las cortes cristianas, haciendo un arte religioso para los de su religión, pero impregnado de temas cordobeses, sobre todo el hispánico arco de herradura alfizado y la cúpula estrellada. Es, pues, un arte semi-árabe, con más constantes fundamentales constructivas que el mudéjar, pero también más pobre, disgregado y con una evolución que interrumpieron las artes de tipo cristiano, empezando por el románico.

Sin entendernos en otros fenómenos sociales que motivaron la difusión de este arte, en general queda explicado como una expansión natural del arte imperial cordobés, circunscrito a un período que, según Gómez Moreno, corre desde San Juan de la Peña, en el año 850, hasta San Millán de la Cogulla, en 984. Son ciento cincuenta años que coinciden con las épocas prerrománicas, en la que no creemos que hubiese actividad constructiva en Toledo, como tampoco inmediatamente después, ya que, recién conquistado, había en él un número más que suficiente de iglesias cristianas por la conservación de los templos mozárabes, que de momento no creemos sufriesen ampliación, pues se contó con la transformación de parte de las mezquitas, entre ellas la Aljama Mayor. Tampoco la población mozárabe debió crecer mucho, más bien hay pruebas de lo contrario, pues sabemos que Zamora se repobló con mozárabes.

No obstante todo esto, hay bastantes adjudicaciones al arte mozárabe, más o menos fundadas. Veamos algunas:

J. Pijoán, en el tomo recientemente aparecido dedicado al arte árabe, considera mozárabe la parte absidal del Cristo de la Luz, que siempre lo habíamos creído perteneciente al románico en ladrillo o al mudéjar, a elección. A nuestro entender, las arquerías ciegas, tanto en el interior como en

el exterior, son típicas del románico (Loarre, San Juan de la Peña, etc.).

Gómez Moreno restringe lo mozárabe de esta ciudad al arco geminado de San Ginés, que conserva el Museo Arqueológico de Madrid, pues mantiene la opinión de que ni el alfiz ni el doble arco aparecen en lo visigodo. Aceptando esta adjudicación para la ventana, el total del edificio seguimos creyendo que albergó una iglesia visigoda, dada la cantidad de piedras talladas que aún quedan allí.

El que fué más lejos en las atribuciones mozárabes fué Lampérez, que ve mozarabismo en San Sebastián, San Tirso, Santa Eulalia y San Lucas. La iglesia de San Sebastián fué descubierta en 1899 por González Simancas, quien registró sus columnas de mármol y capiteles visigodos y romanos. Es iglesia de tres naves, torre en cabecera, dentro del rectángulo que forma la planta del templo. Cree Lampérez que sufrió una restauración en la que perdió los ábsides, que fueron sustituidos por un hastial. La Real Academia y Gómez Moreno le reputan mudéjar.

La iglesia de San Tirso está destruida y es conocida por el dibujo de una relación de Alonso de Cárcamo a Felipe II. Estaba emplazado el edificio en el Hospital del Rey. Gómez Moreno lo considera simplemente como un baño moruno, creyendo que, como en un ejemplo análogo de Tordesillas, el arco de herradura deprimido, según hace ver el dibujo, es efecto de un arreglo en el que se dejó un arco en lugar de los dos gemelos, sin la columna medial que hay de ordinario en tales baños.

Santa Eulalia, fundada en 559, es de tres naves y tres ábsides, los dos laterales cuadrados. La parte antigua es el cuerpo de naves con columnas de bases áticas y capiteles visigodos. El mismo Lampérez la cree hecha bajo la influencia mahometana para uso de cristianos y, por la forma de los arcos, no la considera posterior a la Reconquista, opinión que no acepta Gómez Moreno.

La iglesia de San Lucas la fundó, en el año 614, el abuelo de San Ildefonso, Evancio, enterrándose en su atrio los obispos mozárabes. Ofrece

unos pilares octogonales que se apoyan en arcos peraltados de medio punto. Deben ser reconstrucciones, pues el mismo Lampérez considera dudosa toda atribución y da sólo como claro el origen visigodo mozárabe de sus tres ábsides cuadrados y su nártex a los pies.

En el ábside de San Miguel el Alto, encontramos la persistencia de la forma absidal cuadrada que se mantiene hasta el mozárabe.

Menos dudosa es la atribución como mozárabe de Santa María de Melque (San Martín de Montalbán), descubierta por Cedillo. Gómez Moreno la fecha bien entrado el siglo IX, dentro del período 862 a 930, en los que Toledo se gobernó a sí misma, estando en relación con los estados del Norte, en los que predominaba ya lo mozárabe, y cree que lo tradicional en Melque es de origen visigodo, con otras novedades procedentes del musulmán andaluz y tipos ascaicos respecto al leonés. Este edificio presenta escasos ventanales y es de planta cruciforme. Apenas si tiene decoración, ni la típica del visigodo ni la mozárabe, quedando reducida a toscas molduras en las impostas. A pesar de no estar en la ciudad, es interesante este ejemplo, en el que se empleó una cantidad de piedra tallada como no se volvió a usar en Toledo, desde lo visigodo, hasta la Catedral, aunque toscamente. Ofrece también una gran imprecisión de datos arqueológicos e históricos; por su emplazamiento fuera de camino, parece fué un refugio de mozárabes, o mejor, hispano-góticos en época de inseguridad en Toledo. Es, pues, una difusión del mozárabe en su época de esplendor.

La aclaración de cuándo una obra es mudéjar y cuándo mozárabe, se logra, en parte, estudiando la estética de la construcción. En el arte mozárabe encontramos cierta esbeltez clásica heredada del arte califal. En cambio, el arco mudéjar ofrece una sensación triste, pesada, de sótano; pero este dato no lo hemos aclarado lo suficiente para darlo como criterio definitivo. En el mozárabe, predomina la columna esbelta, cuya longitud se suele ampliar con el cimacio. En el mudéjar, el espíritu gótico de la ojiva queda casi anulado por el excesivo acortamiento de la parte sustentante, como se observa en los baños de La Padilla (Sevilla), que son simples pilares.

Sobre la vida enigmática del toledano Diego Duque de Estrada

(Nació en Toledo, 1589 -- Murió en Tarento, 1649)

POR CLEMENTE PALENCIA

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Podrá imaginar el lector toda clase de aventuras, y siempre quedará corta su fantasía al lado de lo que nos cuenta de su propia vida el escritor Diego Duque de Estrada, nacido en Toledo en el año 1589 y bautizado en la parroquia de San Andrés.

Sus memorias permanecían olvidadas en la sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, y en 1860 las publicó Don Pascual de Gayangos, conservando el mismo título que su autor les diera: *Comentarios del desengañado de sí mismo, prueba de todos estados, y elección del mejor de ellos* (puede leerse este curioso libro en el Tomo XII del Memorial histórico español, publicado por la Real Academia de la Historia).

¿Refleja esta autobiografía con toda exactitud la vida de su autor? En 1608, a sus diecinueve años, cuando se dirigía a visitar a su prometida, se encontró con una escalera pendiente de la casa y dentro de la habitación un hombre con el que se batió en las sombras y, sin conocerle, le dió muerte, asesinando después en la habitación a su propia novia.

Pudo escapar de las manos de la Justicia llevando una vida errante por las playas lejanas que van de Cartagena a Almería y por las fragosidades de la Alpujarra hasta que cayó prisionero de los berberiscos; huyó también de la prisión y marchó a Nápoles con cartas de recomendación para Don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos y Virrey de aquel Reino.

El ilustre protector de Cervantes dispensó una acogida afectuosa al escritor toledano, celebrándole como poeta y compositor de comedias salpicadas de proezas militares y de golpes de ingenio. Muy significativo es este detalle, pues el Conde de Lemos, aunque protector habitual de los literatos —«honra de nuestra Edad», le llamó Quevedo—, solía aquilatar mucho los méritos de sus protegidos.

Los hermanos Argensola, uno de los cuales era secretario del Conde, habían alejado de la bienhechora influencia de aquel mecenas a muchos de nuestros escritores.

Duque de Estrada se casó en Nápoles, y a los seis años de matrimonio abandonó a su esposa e hijos por seguir a otra mujer de origen español, con la que vivió escandalosamente en Roma, Mantua y Milán, hasta que ella escapó con otro amante. Se entregó de nuevo a las empresas militares y figuró como uno de los más valientes soldados de la Compañía del Capitán Don Francisco de Castro.

Los que estén familiarizados con los datos biográficos de Lope de Vega o de Quevedo, no encontrarán mucha extrañeza al leer los «Comentarios del Desengañado». Hasta la eminente escritora de nuestras letras místicas, Santa Teresa, cargó de las más sombrías tintas aquellos defectos de su niñez que ella calificó de grandes pecados.

Pero aunque fuese una moda literaria de la época hacer alarde de los defectos propios, jamás se hablaba de crímenes alevosos, de abandono de esposas o de vida de pillaje.

Cansado de sus desenfrenos y enterado de la muerte de su esposa y de sus hijos, ingresa en la Orden de San Juan de Dios «arrepentido de sus crímenes y maldades».

En el Libro Registro de Novicios se lee: «Se da fe por mí, Andrés Rais, maestro de novicios, cómo fué dado nuestro hábito a Don Diego Duque de Estrada, español, hijo de Juan y de Isabel, de la ciudad de

Toledo; se le cambió el nombre por Justo de Santa María».

Después de doce años de vida religiosa, virtuosa y austera, murió en la ciudad de Tarento el 13 de Febrero de 1649 como prior de su Hospital.

Como escritor, además de su famosa obra «Comentarios del Desengañado», compuso muchas poesías y diecisiete comedias. Queda de todo una corta colección reunida con el título de «Octavas rimas a la insignne victoria que la serenísima Alteza del Príncipe Filiberto ha tenido, conseguida por el Excelentísimo Señor Marqués de Santa Cruz», publicada en Mesina, en 1624.

Después de este relato, lo primero que ocurre preguntar es si pudo pasar inadvertida a sus contemporáneos esta serie de atrocidades y el contraste de su vida llena de arrepentimiento, sin que dejase huella en la literatura de la época.

Duque de Estrada vive en el apogeo de nuestro teatro, cuando se lleva a la escena la preocupación de los teólogos sobre la eficacia de la fe acompañada de las obras; cuando se admiran piezas como el «Esclavo del Demonio» y deslumbra con sus seducciones donjuanescas «El Burlador de Sevilla». Es una figura de carne y hueso en la que pudo inspirarse cualquiera de los grandes autores dramáticos; su vida es paralela en el tiempo con la de Tirso de Molina; tan sólo un año de diferencia les separó a la hora de la muerte.

¿Podrá el lector identificar parte de la vida de Diego Duque de Estrada en estos versos del «Condenado por Desconfiado»?

«Yo nací mal inclinado
como se ve en los efectos
del discurso de mi vida
que referiros pretendo.
Con regalos me crié
en Nápoles...

.....
Di luego en acompañarme
con otros del arte mismo:
escalamos siete casas,
dimos la muerte a sus dueños...
De una principal casada
me aficioné; y en secreto,
habiendo entrado en su casa
a ejecutar mi deseo,
dió voces, vino el marido;
y yo enojado y resulto,
llegué con él a los brazos;
y tanto en ellos le aprieto,
que perdió tierra; y apenas
en este punto le veo,
cuando de un balcón le arrojo,
y en el suelo cayó muerto.
Dió voces la tal señora;
y yo sacando el acero
le metí cinco o seis veces
en el cristal de su pecho,
donde puertas de rubies
en campos de cristal bellos
le dieron salida al alma
para que se fuese huyendo».

Al final de la obra, Enrico, el bandolero de Nápoles, se salva; como el célebre escritor toledano, que desengañado hasta de sí mismo murió en la paz del Señor asistiendo a los incurables de un hospital de Tarento.

GAUDÍ

Hemos oído referir que, en un reciente congreso de Arquitectos celebrado en Barcelona, un grupo de éstos visitaba el templo de la Sagrada Familia, y mientras alguien exponía su personal forma de pensar, afirmando que Gaudí, el hombre que había ideado semejante construcción fué un demente, un pobre loco, todos los concurrentes se abstuvieron de contradecir tal aseveración. Es muy posible que desde el punto de vista profesional, cuando lo práctico, utilitario y de poco costo ha de unirse a lo fácil y adocenado, que ansía aprovechar al máximo los coeficientes de resistencia de materiales y otros límites técnicos, económicos y estéticos, es muy posible, decimos, que en este aspecto las obras de Gaudí parezcan las concepciones de un loco. Y es que los genios se encuentran a veces tan distantes de lo razonablemente vulgar como los alienados.

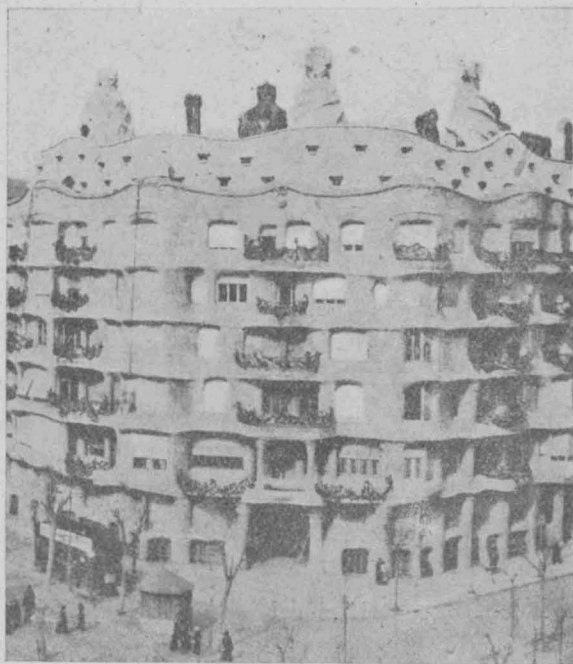
En las concepciones estéticas de toda la historia de la Arquitectura señalaríamos dos extremos: la grandiosa sencillez elemental de las Pirámides —ocho rectas y cinco planos gigantescos—, frías e insensibles como la resolución de un problema de Geometría, y la obra de Gaudí, la elucubración científicamente más compleja de todo lo construido por el hombre.

Sin duda alguna, el hallazgo fundamental de toda la civilización humana ha sido la línea recta y la superficie plana; sin embargo, exceptuando en los minerales cristalizados, apenas si se dan en la naturaleza. En este hecho se basa toda la concepción estética de Gaudí: «La línea recta es la línea de los hombres; la línea de Dios es la curva».

Gaudí era catalán, nacido en Reus el 25 de Junio de 1852. Desde casi niño, su vocación le arrastraba impaciente hacia la primera de las Bellas Artes, y así, cuando contaba diecisiete años y aún no había comenzado la carrera, hizo un proyecto de restauración para el monasterio de Poblet. Antes de acabar sus estudios publicó varios escritos sobre problemas de estética, y ya arquitecto trabajó como ayudante, en Monserrat, con Villar y Carmona, y en la Cascada del Parque, con Fontseré. Siempre con un estilo personalísimo y arrollador, en sus primeras obras es curioso notar cómo las reminiscencias mudéjares se superponen a las góticas; pero poco a poco la exaltación estética de su fervoroso espíritu religioso le lleva a un goticismo dinámico y ascensional que introduce nuevas y complicadas curvas, atrevidas, valientes y llenas de una vida extraordinaria; su inacabado templo de la Sagrada Familia es un buen ejemplo, que impresiona por su grandiosa fantasía.

Más adelante se desprende de la influencia de los viejos estilos buscando un ritmo naturalista en el conjunto y en el detalle, y así sus fachadas con aspecto de grutas excavadas en roca viva, o sus columnas, que abren el haz de nervios de la bóveda como el ramaje de un árbol. La línea recta le molesta; llega a despreciar a los griegos, que en lo constructivo no pasaron de la ingenua tarea de colocar dos piedras verticales y otra horizontal encima, repitiendo incesantemente el problema sencillo del dolmen. Gaudí sustituye la vertical por la curva afilada, ascendente y difícil, mecánicamente perfecta y aerodinámica; —las cuatro torres de la fachada principal de la Sagrada Familia tienen un perfil idéntico al de los supermodernos proyectiles estratosféricos—. Estudia las superficies en la natura-

leza y comprueba que nada hay perfectamente plano, pues hasta la lisa superficie de las aguas de un lago se ondula y riza cuando el suave soplo de la brisa le infunde vida; desde entonces sus superficies toman formas sabiamente alabeadas, complicadas si se quiere, pero con un movimiento, con una *vida* como jamás nadie consiguió antes que él, y entonces la horizontal se torna en una línea suave, acariciadora, fluyente como las olas mediterráneas.



Casa Milà (Barcelona)

Gaudí es en Arquitectura, como el Greco en la Pintura, un genial intérprete del dinamismo ascensional, y sabríamos ver un paralelismo notable entre el ángel central del «Entierro del Conde de Orgaz», en escorzo retorcido, helicoidal, y esas torres erectas de la Sagrada Familia con su ritmo ascendente de huecos en espiral. El Greco y Gaudí fueron dos firmes creyentes; la Fe les empujó hacia Dios igual que ellos empujaron sus concepciones artísticas. Cuando la primera de estas torres, la de San Bernabé, se acababa, cierto día, yendo a confesarse a San Felipe Neri, un tranvía atropelló al arquitecto que falleció tres días después, precisamente la víspera de San Bernabé, el día 10 de Junio de 1926.

Gaudí vivió veinte años antes de lo que su inspiración revolucionaria necesitaba, y así, acaso el más genial de los arquitectos de nuestro siglo, por haber surgido antes de tiempo, malogró sus concepciones estéticas que nadie ha seguido, pues, como dijimos al principio, impera lo utilitario, práctico y sencillo desprovisto de alma. Sin embargo, hoy la época en que todo lo novísimo es altamente valorado; el trabajo de un Gaudí, vivo aún, hubiese influido poderosamente en las tendencias arquitectónicas universales y servido para, deshumanizando más el arte, llevarle por los caminos de Dios, que siempre han sido los eternos.

ANTONIO DELGADO

Las Ferias de Toledo y la Virgen del Sagrario

Una vez más, el noble pueblo toledano celebró con gran entusiasmo, devoción y esplendor, las fiestas tradicionales en honor de su excelsa patrona, la *morenita* y milagrosa Virgen del Sagrario.

Contemplando desde un cigarral el momento mágico de un suave atardecer, cuando la ciudad se convierte en oro viejo, cobalto y carmín, una viejecita pulcra, la cigarralera, acaso «la más anciana del lugar», la *señá* Teresa, con sus ojos fijos en la torre de la Catedral, vigía alerta del cristianismo, me hablaba de esta manera:

«Mi padre me contaba que, en sus tiempos, la Feria tenía lugar en la calle de este nombre, en la cual se colocaban los puestos de juguetes hasta la plaza de las Cuatro Calles; pero yo la he conocido en Zocodover, ocupando la juguetería el sitio ahora destinado a los coches; la bisutería al otro lado de la barandilla, y, en el centro, los torraos, las almendras, los alfajores, turrónes... Luego la trasladaron al Miradero, pero poco tiempo duró allí, creo que fué solamente dos años, y, por último, la bajaron a la Vega.»

¡Ay, Jesús, que tiempos... Virgen del Sagrario..!

Su mirada vaga en lejanías y en sus ojos cansados, se adivinan memoranzas, y canturrea:

La Virgen del Sagrario
tiene en el hombro
una salamanquesa
de plata y oro.

«Mi padre decía que, en tiempos de los moros, cuando tuvieron que esconder a la Virgen en un pozo para que no hiciesen herejías con ella, al sacarla, tenía en un hombro una salamanquesa muy grande; al espantarla, no huía, por más que la aventaban. Esto se tomó como cosa de milagro y desde entonces cesó la manía contra estos animalitos, que al fin y al cabo, Dios los crió como a los demás, y efectivamente, raro es el que en Toledo se queja

de picadura de salamanquesa. En uno de los muchos mantos que yo he conocido, lleva bordado en el hombro este animalejo.»

Pues... ¿y lo del agua? Verá



usted; mi padre lo contaba de esta manera:

«Mis abuelos, habían oído decir a los suyos, que el Cardenal don Bernardo de Sandoval, había mandado colocar, en los Claustros de la Catedral, jarras con agua fresca de los aljibes que allí existen, para que la gente no tuviera que salir a la calle durante las fiestas religiosas. Sucedió un año que un jovenito muy principal, no acostumbrado a tales bullicios, ante la aglomeración de las gentes y el calor que hacía, le dió un síncope de muerte; inmediatamente le sacaron a los Claustros, y rociada la cara con agua fresca de las jarras, recobró el conocimiento. Desde entonces los toledanos veneramos el agua de la Virgen.»

»Pero el verdadero milagro que obró Nuestra Señora de la Virgen del Sagrario, fué cuando el cólera, ¡bien chiquitita era yo!, y lo recuerdo como si hubiera sido ayer mismo. Fué también en este mes de Agosto, en el año 1885, cuando se decidió sacar en procesión a la Virgen, y el día 23, después de rezar la novena, recorrió las calles

Acontecimientos de AYER

20 de Octubre de 1616

Se inaugura la Capilla de la Virgen del Sagrario.

La devoción del pueblo toledano hacia su Virgen Morena, data de tiempos inmemoriales, ya que los godos escondieron la imagen cuando los árabes hicieron su irrupción en nuestra ciudad y, muchos años después, fué descubierta y de nuevo venerada.

Como tan preciada joya no podía estar sin su estuche adecuado, el 17 de Agosto de 1594, se inician las zanjas para los cimientos de su actual capilla, y el 23 de Junio del año siguiente, coloca la primera piedra el Deán don Pedro Carbajal, interviniendo en su obra Juan Vergara el Joven, el escultor toledano Monegro y el hijo del «Greco», Jorge Manuel.

La inauguración fué grandemente celebrada, durando las fiestas religiosas y esparcimientos populares, catorce días, dando comienzo el 20 de Octubre de 1616, asistiendo el Rey Felipe III, su hijo Felipe IV, Infantes y Grandes de España.

El día 30 fué sacada la Virgen en procesión siguiendo el mismo itinerario del Corpus, y entre los muchos festejos públicos, se hacen destacar corridas de toros, cañas, comedias al aire libre, grandes iluminaciones y fuegos artificiales.

RAMÍREZ DE DIEZMA

toledanas, y dicen que en este mismo día cesó la epidemia.

»También ha salido otras veces por diversas causas, siempre que alguna desgracia ha afligido a Toledo, y otras en acción de gracia.»

Cesa de hablar un poco fatigada; pausa que yo aprovecho para emprender el regreso a la ciudad, subyugado por el embrujo del momento. El padre Tajo salmodia su milenaria canción, y allá, a lo lejos, en la Vega, guirigay de sirenas y altavoces, mientras sirve de contrapunto, a tan extraño concierto, las campanas de la Catedral, alabando con sus lenguas de bronce a la VIRGEN DEL SAGRARIO.

PABLO GAMARRA

AYER Y HOY EN LA FERIA

En estas noches, todavía calurosas cuando no llueve, es agradable un paseo evocador por la Vega. Los espíritus románticos gozamos derramando lágrimas amargas en lugares donde florecieron pasadas grandezas. Ese goce empujó a la humanidad a contemplar Pompeya e Itálica; ese impulso es el que nos lleva a ver el último desconchón de cualquier fachada toledana y el que nos guía al paseo de Merchán. Ya en él ganas nos dan de cantar imitando a Rodrigo Caro:

Estos, Paco, ¡ay dolor!, que ves ahora,
campos de soledad, modesta umbría,
fueron ayer amplia senda adornada
donde la muchedumbre bullidora
ansiosa de solaz se divertía
bajo cientos de luces alumbrada...

Lentamente vamos recorriendo los lugares donde estuvo el ferrial. Los centenares de bombillas han quedado reducidas a cuatro rojizas y parpadeantes luces que apenas si llegan a la arena; de toda aquella muchedumbre bulliciosa resta alguna pareja que se dice y se hace el amor en la oscuridad. En nuestro peregrinaje evocamos el pasado inmediato del ayer y el pasado lejanísimo de nuestra infancia. En éste, que es hoy oscuridad impenetrable, se alineaban entonces puestos y barracas. Las casetas de la juguetería disminuyeron en número, pero su aspecto ha sido el mismo; los mostradores siguen siendo un abigarrado montón de juguetes como los que admirábamos antes, alzándonos de puntillas. Como en aquel entonces, se ha seguido bailando en las casetas del Casino y del «Arte». Anteayer estaba en moda uno de los primeros tangos: «A media luz»; ayer los «animadores» (?) a ratos, han cantado (no a media luz, sino en completa oscuridad) otras canciones llorosas y lastimeras.

Cerca del Casino se ponía antes la barraca del señor Colomer, prestimano y ventrílocuo, con su hija Lucy, la Toledanita, a la que año tras año vimos crecer en estatura y mermar en voz. Ambos fueron objeto de nuestras travesuras más endiabladas. Su lugar lo ocuparon este año «los caballitos». Quisiéramos saber quién fué aquel «tío vivo» que tuvo la ocurrencia de explotar este negocio, dando motivo a su denominación. Los «caballitos del tío vivo» están ahora en decadencia; sus suaves ascensos y descensos no interesan a la gente, que prefiere los encontronazos violentos y los bruscos saltos de las focas. Antes teníamos unos caballitos, los «buenos», movidos por una máquina de vapor, silbante y humeante, con su órgano

y todo. Nosotros preferíamos aquel otro carrousel del manubrio, más primitivo, de tracción animal. La chiquillería, por dentro, ayudaba al borriquillo en su trabajo, y el dueño, en recompensa, nos permitía de vez en cuando sentarnos en la tarima para descansar, disfrutando del placer de viajar gratis...

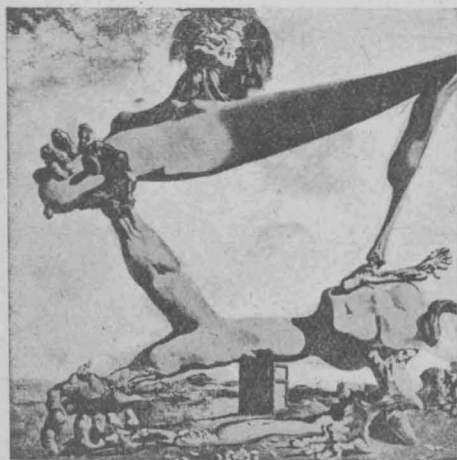
Donde hoy la Normal alza sus muros —es un decir—, se alineaban también en doble fila los caballitos, las barcas —otra atracción que desaparece—, la rueda, el tobogán, el laberinto, las barracas del tiro, los circos..., un pequeño mundo, en fin, de vida inquieta y azarosa que nos llenaba de admiración, envidiando su constante ir y venir de fiesta en fiesta, como hormiguero alocado. En las vísperas de la feria contemplábamos embobados cómo desembalaban sus bártulos, de los que salían caballos, tambores, pistolas, en alucinante rebosar de caja de Pandora, y aquellos hombres atléticos de chillonas camisetas, piel tostada y brazos tatuados que, en ordenado trajín, montaban cada una de las piezas numeradas de su espectáculo como gigantesco *meccano*... Ahora va uno con el espíritu abierto, dispuesto a captar el más pequeño asomo de alegría, a reirse de todo y a divertirse con nada, y ese «uno» vuelve mustio y con el espíritu encogido.

La experiencia, ¡ay!, de los años nos ha enseñado a verlo todo más limpio de admiración, sustituyéndola por la comprensión de sus desvelos. La vista de los juguetes nos recuerda la dura obligación de feriar a los «peques»; los admirados atletas de tez bronceada interrumpen inoportunamente nuestra marcha rencorosa sobre aquel coche verde, al que tenemos fila, para pedirnos el importe del viaje; nuestros riñones crujen dentro de los cubiletos de aquel «fútbol» endemoniado, y el estómago nos amenaza en lo más alto del girasol... En el circo nuestra razón nos hace ver el peligro donde antes admirábamos sólo la habilidad y la fuerza; los chistes no nos hacen reír, no porque sean los mismos —la antigüedad acredita su verdadera gracia—, sino porque nosotros somos distintos. La literatura además nos ha hecho demasiado sabios. Detrás de cada tonto del circo queremos adivinar un padre dolorido, que ha perdido a la hija, y en el payaso presentimos, tras su máscara blanca, el dolor de la fuga de su amada. ¡Un verdadero drama!

Y es que la feria se ha hecho ya para nosotros una cosa muy seria.

M. GARCÍA ROJAS

¿SURREALISMO?... ¿BUENA PINTURA?



Presagio de la Guerra Civil en España. (De S. Dalí).

I. DALÍ-MIRÓ

Nada más discutido que el surrealismo.

No es pintura seria; es una maravilla; son disparates; no lo son.

No sé bastante sobre el surrealismo para opinar.

Pero de pintura, aunque me esté mal el decirlo, entiendo un poco.

Y, ahora, la pregunta, candente, que será tema de artículo esta vez:

¿Hay derecho a dejar de ser pintor por ser surrealista?....

Creo que no.

Admiro a Dalí. Pinta, todo hay que decirlo, cosas algo incoherentes. Una mano engarabada, abajo; encima, volando, una maravillosa vista de Cadaqués. Y a lo lejos, un gorro amarillo y verde como fondo.

¡Pero qué bien pintados la mano, el paisaje, el gorro! Cuando Dalí ha pintado de un modo «clásico», ha dado obras de arte que pueden figurar en la más exigente selección. Tales la «Cesta de Pan», «Retrato de Gala». Y cuando compone surrealismo, con poca lógica, pinta perfectamente.

He aquí al pintor. Surrealista o no, pero pintor siempre.

Dalí es un vividor habilísimo, lleno de «poses» y extravagancias. Que le perjudican más que otra cosa, pero que le dan fama. Fama lograría con su genio artístico, pero no le llenaría de dinero como lo hace aquélla.

Sinceramente admiro a Dalí. Poco conocida aún en España la obra del catalán. Sin embargo (con su venida no ha hecho otra cosa que acrecentar su popularidad), últimamente se han publicado en revistas y periódicos numerosas obras suyas, y en Barcelona celebró una exposición magnífica; entusiasmando Dalí a los que buscan la buena pintura.

Dalí es admirado en España; es admirado en América.

Dalí es un genio extravagante y raro, pero es un valor positivo.

El surrealismo, como tal, es indiscutible.

Como pintura..... depende de que, realmente, sea buena pintura o no.

Y ahí está lo malo. El surrealismo sirve de pantalla encubridora a quie-

nes carecen, o parecen carecer, de valor pictórico.

Eso no puede admitirse. Veamos....

Hasta mí llega un catálogo de la exposición hecha por un pintor español. Con lujosas reproducciones de las obras, el ejemplar presenta el siguiente prolegómeno:

«An exhibition of paintings, gouaches, pastels, and bronzes from 1942 to 1946, to be held at the Pierre Matisse Gallery, 41 east 57 street, JOAN MIRÓ New-York from May 13 until June 7, 1947. The exhibition is open daily from ten in the morning until five-thirty, including Saturday».

El expositor enseña treinta trabajos. Todos ellos, sin distinción, al nivel artístico de los dibujos de un niño de nueve años dotado para el ejercicio del lápiz. Si nuestro compatriota tiene esa edad, ninguno de nosotros logró aún nada parecido. Envidiémosle, pues.

Me «temo», por el contrario, que sea un señor con toda «la barba». Entonces.... le admiro por su caradura. No hay derecho a tomar el pelo de esa manera al distinguido público americano.

Muchas conclusiones pueden sacarse de este fenómeno pictórico. La más lamentable, el hecho de que Miró presenta su labor de cuatro años. Si no fuera porque así lo dice en el catálogo, sería imposible adivinarlo. Desde el 30 al 1 y del 1 al 30, son todos miserables manchurroneos en los que se «retratan», preferentemente, «mujeres y pájaros».

Ambientémonos. Para imaginarse tan maravillosas producciones, basta un estudio de dibujo en confusión y y desbarajuste (el mío, por ejemplo).

Una cuartilla en la mesa. Un tintero abierto al lado. Se sube el gato de la casa, y.... la catástrofe. Llega el dibujante. Se desespera. El hecho no tiene remedio. Así, filósofo, se sienta contemplando la mesa manchada. Nervioso, hace unos trazos sueltos en el enborronado papel.

Lo que resulta después, es símil bastante aceptable de la obra expuesta por D. Joan.

Lo más desolador del asunto, es que de 1942 a 1946 el «pintor» no ha hecho lo más mínimo por variar su modo de pintar (de algún modo hay que llamarlo). Lo que hace suponer mala fe, ineptitud, necesidad pecuniaria o demasiada broma. Nada de esto es Arte.

Aunque duela a todo español, halagador resulta que Miró tenga que salir de nuestras fronteras para enseñar al mundo cómo dibujan los niños de acá. En España no hacen falta, afortunadamente, falsificaciones.

El lector tiene en las ilustraciones amplio campo para darme o quitarme la razón. El Sr. Miró, si sabe pintar, lo disimula bastante. Sus dibujos podrán definirle como audaz, ingenioso, imaginativo, pero nunca como pintor. Surrealismo.... bueno. Pero surrealismo bien pintado. Menos truco y más seriedad artística.

II. EL SURREALISMO, ¿ES PINTURA?

De lo anterior temo que se deduzca una fácil refutación. Leyendo obras sobre la materia, llega a pensarse que el único fin del surrealista es llevar al espectador la sensación, simplificada al máximo, de aquello que un vil y abyecto académico hubiera expresado con líneas conocidas y habituales al ojo humano. El surrealista ha de procurar un expresionismo tal, que las distintas e incoherentes partes formen un todo espiritualmente fuerte para producir una sensación abstracta y jugosa.

Y entonces, podrá decirseme:

Al surrealismo le tiene sin cuidado las sombras y reflejos, brillos y espacios, formas y matices; todo lo que, en fin, ayuda a la representación del natural. Con colorido, vigor imaginativo y, sobre todo, elevación del espíritu sobre la generalidad vulgar, pueden lograrse obras maravillosas en el orden de lo surreal.

Bien, muy bien; confesemos nuestro error.

Resulta, si no hemos entendido mal, que, entonces, el surrealismo no es pintura. Es, podríamos decir, «un arte expresionista que por medio de colores y líneas colocadas en cualesquiera forma, en su totalidad, la esencia o fuerza anímica de las cosas».

Nótese que no decimos la realidad, y entendemos por fuerza anímica aquélla capaz de provocar una reacción psíquica en el espectador.

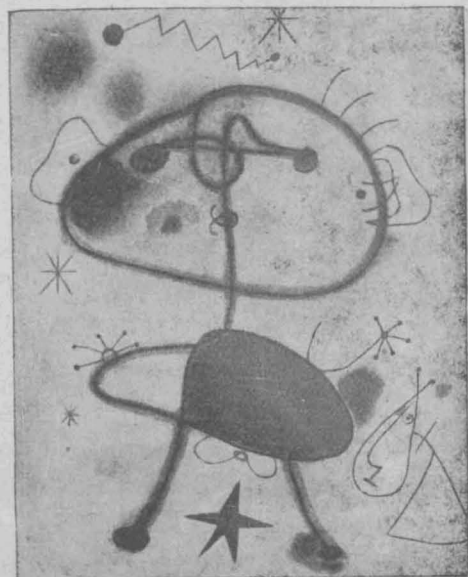
Y, después de todo, habríamos de felicitar a los surrealistas por haber encontrado un nuevo arte. En ningún modo corriente pictórica.

Así como los tatuajes o la Geometría, por ejemplo, sería el surrealismo un arte que tiene medios pictóricos para su producción, pero que no puede llamarse pintura.

Repetimos: Surrealismo, bueno. Pero surrealismo bien pintado.

.....Aunque si quedamos en que no es pintura, nos declaramos en retirada.....

JOSÉ L. P. DE AYALA Y L. DE AYALA



Mujer, pájaro y estrella en la noche. (Miró).

LOS «ISMOS» Y EL TIEMPO

POR FRANCISCO AGUADO SÁNCHEZ

En las manifestaciones plásticas que, en el período posterior a una concepción estética, una vez llegado a su pureza en la perfección y a la armonía entre los medios componentes de la obra: línea, color, forma, perspectiva o motivo arquitectónico, luz, sentimiento..., sacrificadas al argumento o idea del artista, se origina un ciclo que se podría nombrar por período de desintegración de la verdad, para luego, y sobre esta descomposición, construir nuevamente.

Varios estetas, han evaluado estos períodos, entre los que existe siempre la conjugación íntima del creador y su obra, la conversación de lo filogénico con lo ontogénico. Estos ciclos cronológicos, fijados por Spengler, explicados por Taine, analizados por Nietzsche y vulgarizados por sus epígonos en muchas ocasiones, nos dan la aclaración de las tendencias pictóricas con su influencia en los demás campos del Arte.

Aunque se crea generalmente que estas formas de pintar actuales —relativamente— son cosa enteramente nueva, no es cierto, comparando obras anteriores al Renacimiento con sus homólogas de después, es decir, existiendo aproximadamente una diferencia de edad de una a otra de una «era faústica» —quinientos años—, el concepto que preside a ambas es completamente semejante. De manera palpable se ve, por ejemplo, el sentido surrealista del «Jardín de las Delicias», de «El Bosco», o de muchas de sus obras en presencia de las de nuestros días, hechas por Dalí y sus discípulos.

El barroco iniciado por Churriguera, sucumbió en su lecho de cornucopias a causa de un exceso en la ornamentación; a este movimiento, que arquitectónicamente duró bastante más de un siglo, siguió el neoclasicismo, traído a España por Bellini. Esta tendencia, ya comienza de una forma marcada a descomponer la armonía artística del Renacimiento, entresacando un aspecto parcial: lo constructivo. Siguiendo las reglas clásicas de lo arquitectónico, hacer las nuevas obras. Ante la influencia exaltada de los sentimientos en el romanticismo, el arte de imitación de la pintura

cede a esta nueva parcialidad, y la plástica romántica está en íntimo maridaje con los enfermizos poetas de este tiempo. Así estas obras son ya exentas de fortaleza en su cromatismo, ya olvidadizas de lo arquitectónico; pero siempre predomina en las mismas la manifestación sentimental, es decir, puramente afectiva. Es la transición de lo neoclásico a lo impresionista. Es la ilación de la construcción y el color.

Se inicia el impresionismo por una serie de pintores franceses: Monet, Manet, Millet, Puvís de Chavannes, Toulouse-Lautrec..., que partiendo bastantes de ellos de Goya, fijan como base que la belleza reside en el color exclusivamente. Olvidan unos y desprecian otros todo lo demás, la línea, las formas o las perspectivas. La reacción al impresionismo se muestra con Apollinaire y el cubismo, nueva tendencia ya de este siglo y de poca longitud cronológica, aunque sí de una influencia bastante eficiente. Oponiéndose a este predominio de la geometría espacial, que nos ha dejado nuevas maneras de la forma, nació el surrealismo y con él lo abstracto o deshumanizante en el camino contrario a lo concreto o humanizante. El divorcio de lo centroeuropeo con lo mediterráneo.

Existen más «ismos», aunque poca fué su efectividad o las facetas de cada uno; así hay precubismo, cubismo, cubismo analítico, sintético, estilo vitral..., cultivados por Picasso, el genial plagiador de toda la pintura. El valor de estos movimientos puede que no sea de mucha consideración, antes bien, es necesario fijar que cada uno tiene algo nuevo e interesante.

Así, lo mismo que Miguel Ángel se salva por su genio, los pintores surrealistas —casi todos— puede que se salven por el dibujo perfectamente conseguido en sus obras. El cubismo nos ha enseñado multitud de formas y representaciones del volumen, en su sentido desnudo, desprovisto de toda cosa complementaria y secundaria. El impresionismo es sin duda el más importante de todos. Nos ha dado una gama de colores y una amplitud de matices en cada uno de ellos extraordinariamente fructífera y pródiga en combinaciones cromáticas.

LAS PIEDRAS DE JUANELO

...ya van andando, y los toledanos hemos ido a presenciar el paso de la primera de ellas y a despedirla. Apoyados en el pretil del puente de Alcántara, la hemos visto pasar sobre el puente nuevo aprisionada en su jaula de hierro, mientras el motor rugía, en un esfuerzo supremo por correr, y el corazón se inmovilizaba inquieto. Se había dicho que "si el puente...", "si el ingeniero...". Somos tan noveleros, que nos gusta hacer de la vida una película de episodios.

El hecho es que las piedras de Juanelo han comenzado a llegar a lo que será su destino final. Después de oír y leer tantas versiones, no nos atrevemos a formular una opinión sobre cuál fuere el destino para que se tallaron, y apenas si osamos exponer

alguna objeción, pero creemos que, para soportar el "artificio", Juanelo debió pensar en la enorme resistencia que aquella superficie cilíndrica ofrecería a la corriente del Tajo, y bien cerca tenía, en el puente de Alcántara, el ejemplo de sus robustos pilares, que sólo presentan al agua las agudas aristas de los tajamares..., y, por otra parte, el lugar donde fueron abandonadas es, según los conocedores, el camino real de Sevilla, que pasaba por Aranjuez, desviado del trayecto que habrían de seguir desde la cantera a nuestra ciudad. Sea cual fuere aquel destino, sintamos el consuelo de que el que se le ha dado es digno de ellas y en él podrán ostentar mejor sus monumentales proporciones y mostrarse orgullosas, al mundo que las ignoraba, como una piedra más de nuestra tierra, tan pródiga en piedras históricas.

Carta a un universitario que se olvidó del camino que pasa por las estrellas

Esta es una carta que no llegó a ser. No sabía quién era concretamente ese universitario porque no era uno solo. Ahora creo que todos nos hemos cruzado con algún hombre que abandonó—o que aún no conoce—el «camino de las estrellas». Quizá llevemos ese amigo en el fondo de la conciencia. Sin nombrarle sabrá si es para él esta extraña carta.

Amigo mío: Te escribo desde esta roca que ha sido la atalaya de nuestras contemplaciones toledanas. Me ha sorprendido el preludio del otoño en el mismo acantilado de otras veces, como si fuese obediente a un compromiso con la piedra, el río o el paisaje. Y he meditado, silencioso y solitario, lo que antaño meditábamos los dos, con unión y con unción.

Quiero dejar testimonio de que he sido fiel a nuestra alianza, ofrecida ante la cruz del camino, musgosa y evocadora. ¿Te acuerdas, Javier? Había en el aire rechinar de carretas de bueyes y siluetas de labriegos que se descubrían y de mujeres que se santiguaban. A tí te gustaba trotar los campos, donde oías la llamada íntima de la tierra y de sus hombres, donde siempre tenías un horizonte por conquistar. El horizonte estaba junto al cielo y todas las sierras se te hacían bajas. Veníamos entonces de vivir un día militante en un castillo que parecía demandar nueva historia, pacífica y creadora, a los hombres nuevos. (¿Crees que será mucha vanidad recordar que aquel día nos sentimos un poco andariegos y místicos a lo Rubén de Cendoya, después de haber leído unas páginas de Ortega y Gasset?). La noche, que sabe ese arte político de llegar a tiempo, nos había ganado la partida. Y nosotros, en aquel promontorio, que era como un puente de mando en la meseta, trazamos un camino en el único mapa que teníamos: en el de las estrellas.

Nuestra línea ascética quedó allí concretada: Todos los años continuaríamos haciendo ejercicios espirituales, en un retiro conventual y bajo San Ignacio, y también haríamos otros ejercicios espirituales sin apartarnos de Toledo y bajo nosotros mismos. Entiéndeme: bajo esas inspiraciones que Dios nos pone cuando recorremos Toledo con ánimos de descubrir verdades elementales y eternas.

Pero tú, amigo, este año has quebrado tu lealtad. Tus palabras, las que me llegaron en el transporte amable de tu última carta veraniega, me produjeron un sacudimiento íntimo que parecía atentar a ese equilibrio vital a que aspiro y que amo tanto. Lo que decías es capaz de inquietar a un alma amiga por tu suerte. (No te copio algunos párrafos, por suponer que todo lo tendrás presente, y más aún, porque se me antoja duro y hasta acusatorio). Mi extrañeza del primer golpe ya se ha desvanecido, siquiera levemente. Los días pasados me conceden alguna

perspectiva, y mi impaciencia no se resigna a una tregua hasta que volvamos a la Universidad. Por eso te escribo, sin dolor y sin quejumbre, desde esta roca familiar.

Siempre nos hemos encontrado aquí mejor que en otro sitio. Alto el paisaje, más altas las miradas, y, sobre las miradas, las ideas. Aquí estaban tus versos heroicos, la esperanza cálida de tus palabras, tus canciónes con aires del Arga, como buen navarro. Aquí, nuestro diálogo exigente y exigido para conseguir rigor y elegancia en la vida de España. Cuando muchos valores se diluían en lo fácil y en lo mediocre, para no dejarnos arrastrar necesitábamos la tarde sin filigrana. La ciudad escueta, el campo agreste, nosotros sin pretensiones. Nos entusiasaban la oración y la arenga, y nos fastidiaban los romanticismos y los sentimentalismos estériles. Por algo no estábamos en cualquier rincón bequeriano desgranando «rimas» y desgranándonos nosotros en lamentaciones eróticas. En nuestra hora sólo caben los lirismos que se acompañen de epopeyas. En aquellas lecturas a la intemperie, en aquellas conversaciones, en aquellas meditaciones en voz alta, buscábamos, acaso inconscientemente, un modo de amor intelectual a lo sublime y a lo pequeño, que ni se arraiga pronto ni se marchita pronto. El secreto estaba en que habíamos encontrado el camino que pasa por las estrellas.

Esta es la pequeña historia de un pensar y de un hacer que no pueden faltarnos. Tú, Javier, eres universitario y lo sabes.

Siempre has sido un enamorado de las ciudades provincianas. Obsesión era tu ansia por evadirte de Madrid. ¡Cómo soy testigo de tus escapadas por las grietas del calendario escolar! No se me olvidan tus itinerarios de nombres maravillosos: Alcalá de Henares, donde—decías tú—debería estar nuestra Universidad, y así tendríamos una tradición creadora en nosotros, y una ciudad provinciana y universitaria; Alba de Tormes, porque tenías algo de trotero y de revolucionario por Dios y su Iglesia; de Madrigal de las Altas Torres a Medina del Campo, queriendo entender lo que no hicieron nuestros abuelos al terminar de leer con tu pasión joven, el Testamento de la Reina Católica en el Castillo de la Mota; El Escorial, con su «última piedra, primera piedra»; Avila, donde te entusiasmas con su aire teológico y austero; Segovia, donde encontraste la novia que creías imposible....

A Toledo lo estimabas como tuyo y no como objeto de un viaje de fin de semana. Te parecía poco en la consideración y en el tiempo. Hoy, has comenzado a estimar pueril venir a este «Toledo silente y bello, con nombres de predestinación y poesía». Pronto has olvidado tus mismos elogios. Tú naciste para lo grande y has perdido el rumbo por meter en el cofre tu aguja de marcar. ¿Qué te pasa?

En la última primavera aún soñabas. Querías «humanizarte» en Toledo, y

te sentabas en los claustros de tu monasterio predilecto a contemplar y a escribir. Luego nos leías tus reflexiones con una alegría y una ingenuidad que todos hubiésemos querido para nosotros. Y nos animabas a valorar exactamente la vida provinciana. Creías en las minorías que impidan que languidezca. Tus convicciones fervientes eran como imperativos: «Hay que crear una minoría nueva, sincera y culta. Hay que pudrirse, como la semilla, para dar fruto. Nada entrañable nace sin dolor».

¿Por qué no has venido a nuestros «ejercicios espirituales», tú, que eres un hombre selecto?

Yo te he esperado en los acantilados sobre el Tajo. El otoño ha llegado y tú no estás de camino.

No me extraña el hechizo de un veraneo en las ciudades cántabras, donde hay chicas espigadas y graciosas, con ojos claros y hablar dulce, donde hay mariscos y bateles. Para tí era una obligación romper la muralla de tus libros y respirar el aire salobre de la playa. Pero lo que no entiendo aún es cómo has olvidado a nuestra vieja ciudad, y en ella—que era para tí un símbolo—a todas nuestras ciudades viejas, hospitalarias y humildes. Has preferido la ciudad veraneante, tibia y confiada. Todo porque te crees un «cosmopolita» y un «elegante».

Ni siquiera te ha movido a venir la promesa que un día hicimos en tu brava tierra. Otra promesa que te niega el derecho a desertar de nuestra hermandad ordenada y creyente.

Lo que más me duele, amigo, es que cuando creíamos haber encontrado un camino geográfico y espiritual para nosotros, para nuestra juventud, hayamos cambiado su intemperie armada por la regularidad burguesa y ciudadana. Recorriamos tu Navarra y, haciendo un camino, adivinamos otros caminos. Camino del misionero, con vértice en el castillo de San Francisco Javier. Allí me hiciste comprender la España misionera: cuando pensábamos en tierras irredentas y cuando hablábamos con hombres de nuestra carne y de nuestro tiempo que apuntaban su vocación a almas sin ganar.

En Roncesvalles miramos el desfile español y la campaña francesa, y pensamos en Europa peregrinando por allí para arrodillarse en Compostela. Hablaste tú, fijo en la lejanía e ilusionado de lejanías. Contábamos con el silencio, sin buscarlo, y aquella grave solemnidad geológica era demasiado para nuestro diálogo.

«Este es el eje de Europa que, por ser nuestro, pasa por el «campo de las estrellas», por Compostela. Aquí sólo se puede pensar o, mejor aún, presentar una Cristiandad nueva. Que el Señor nos la conceda.»

«Sí, Javier. Pero antes sea el camino de Santiago nuestro camino de Damasco. La juventud española necesita purificación. Si no hacemos esta andadura, mal podremos guiar a los extraños por nuestras sierras y por nuestras verdades. Es el eje de España. Los universitarios tenemos, además, otro camino antiguo y reciente, olvi-

dado e inédito. El que va de la tumba del Doncel de Sigüenza a la tumba de Garcilaso de la Vega, pasando por la Universidad de Alcalá, cisneriana e imperial. Esta es nuestra línea ideal cuando pedimos exactitud clásica e ímpetu joven para la obra nuestra de cada día. Este es el reflejo universitario de nuestro humanísimo «camino de las estrellas».

En la colegiata de Santa María surgió el compromiso de hacer ese itinerario resurreccional para nuestra íntima calidad universitaria. En Sigüenza haríamos profesión de sacrificio y en Alcalá tomaríamos el escudo de Cisneros—cisme y ajedrezado, arrogancia y geometría, quietud y vuelo—para cabalgar hacia Toledo. Y así, pensando en la medida justa que ha de tener lo universitario, dimos con la maravillosa norma del equilibrio entre lo intelectual y lo cordial.

Has roto la marcha, querido Javier, sin llegar a Toledo. Vives una época de crisis. Te ha deslumbrado una existencia fácil, pero sin pulso y sin sentido. Tendrás que zozobrar más para comprender la invariable razón de la moral y de los números, la belleza de la doctrina que regía tu vida.

Haz lo que quieras. Si esta carta te parece de poco homenaje y mucho reproche, perdóname. Si te parece pedante, rómpela. Pero no menosprecies la sinceridad y la amistad que en ella se renuevan hacia tí.

Ya me voy a la ciudad, sin canción y sin desmayo, a desahogar mi angustia y a reafirmar mi fe. Voy a terminar el itinerario que emprendimos juntos en la iglesia que guarda los huesos de Garcilaso. Mi oración será de los dos. Así rezaré ante el Santísimo:

«Señor y Dios nuestro: Ya hemos rendido marcha y no nos ha rendido la marcha. La ilusión que nos encendiste ha hecho cenizas la tentación al descanso. Aquí nos tienes purificados de nuestras gangas terrenas por haber hecho tu camino como no nos le inspiraste en una carta de estrellas. Gracias, Señor, por tu Providencia.

Nosotros queremos dureza y armonía en la vida de España. Sabemos que nuestra empresa es ascética y que hemos de ser piedra de escándalo de lo vulgar y de lo farisaico. Somos jóvenes y amamos lo difícil. Hemos de rescatar el sepulcro del Doncel de Sigüenza, aristócrata de la sangre y de la idea, caído en acto de servicio. Hemos de rescatar el sepulcro de Garcilaso, soldado y poeta, caído en acto de servicio. Y hemos de ir a la Universidad de Alcalá, reconquistándola y dejándonos conquistar por ella.

Haz, Señor, que en esta paz montemos guardia de exigencia para que nuestra Universidad soñada sea norma y estilo.

Sin Tí no habrá rescate ni reconquista, ni afán limpio ni quehacer

Noticias de la Vida Artística en los Estados Unidos

por FRANÇOISE PARTURIER

(Trad. de F. ALLUÉ Y MORER)

Un referéndum ha revelado que la mujer más célebre de los Estados Unidos no es Mrs. Roosevelt, sino una granjera de 88 años cuya historia entusiasma a este pueblo, amante de milagros.

Se trata de Anna Mary Robertson Moses—la «abuela Moses»—, una sencilla aldeana nacida en el Estado de Nueva York y que se ha convertido, la víspera de su 80 aniversario, en la artista más animada y menos discutida de la joven pintura americana.

Hija y mujer de granjero, la «abuela Moses», no recibió ninguna educación artística y no tocó jamás un pincel antes de sus 78 años, cuando sus hijos la obligaron al reposo. Intentó entonces distraerse componiendo cartones para tapices, cuyos motivos ella misma ideaba inspirándose en los calendarios populares y de decoración corriente. Algunos de estos cartones fueron expuestos en la feria de su comarca, mas únicamente sus condecoraciones de fresa le valieron un premio.

Continuó pintando, esta vez al óleo, sobre motivos de la granja, la aldea y los trabajos y las fiestas del campo. Cierta día de 1938, los niños reunieron sus telas en el *drugstore* del cantón, y he aquí que cierto viajero de paso, Mr. Luis Caldor—el viajero indispensable de los cuentos—, descubrió su talento.

Nuestro hombre puso en alerta a los especialistas, y, desde 1940, la famosa Galería de San Esteban ofrece, a los neoyorkinos maravillados, escenas aldeanas cuya frescura, ingenuidad y gracia son desde ahora legendarias. Se aclamó el milagro. La prensa, la radio, difundieron en millones de ejemplares la maravillosa historia. Los psicoanalistas actuaron. Los críticos, seducidos a su vez, invocaron juntamente a Brueghel el viejo y al aduanero Rousseau. Los escritores—y sobre todo Luis Bromfield—cantaron la poesía de la obra. Los editores de tarjetas de Papá Noel, se disputaron la exclusividad para sus próximas creaciones. Ningún pintor americano, ni siquiera el célebre John Marin, conoció triunfo semejante. Y durante cerca de diez años, el éxito de la «abuela Moses» fue afirmando y justificando por una producción de la que era imposible evitar el encanto.

Las últimas telas, expuestas en Nueva York hace algunos meses, conocieron un éxito particular. Y Mr. Kallis, Director de la Galería de San Esteban, manifestó el deseo de poder organizar, en París, una vasta retrospectiva de la obra de la «abuela Moses», no ocultando que sería feliz si el Museo de Arte Moderno francés aceptaba alguna tela del más famoso «primitivo» americano.

**

Entre las recientes manifestaciones artísticas de Nueva York, señalemos en el Museo de Arte Moderno, la muy curiosa exposición de *Collages*, es decir, cuadros compuestos de viejos trozos de tisú o de papel: diarios, programas, etiquetas diversas, pegadas sobre una tela formando conjunto pictórico.

perdurable. Que los jóvenes de España descubran en la geografía y en el espíritu este camino, y lo sigan apasionadamente.

Y a nosotros, Señor, haznos após-

Fueron los cubistas de París—Braque, Juan Gris y Picasso—quienes inauguraron el procedimiento antes de la guerra del 1914. El resultado no fué, por otra parte, muy diferente del de sus otras composiciones. El primer «collage» conocido es de Jorge Braque, quien en 1912 pegó bandas de papel pintado sobre uno de sus cuadros, titulado «La Corbeille de Fruits». Fué pronto imitado por Picasso, quien, con un poco de *gouache*, dos trozos de lápiz, una etiqueta de «La Suze, aperitif à la gentiane» y fragmentos de periódicos, en los que podían leerse noticias de la guerra de los Balkanes, compuso en 1913 «La Bouteille de Suze», cuyo conjunto gris, blanco y pardo, se hallaba realizado por una etiqueta grosella y un círculo de papel azul. Hallazgo interesante, pero mucho más próximo de lo que nunca había dejado de hacer Braque que de la manera futura de Picaso. Este se limitó a llevar el género al último extremo.

Hacia 1920, la moda de los «collages» ganó favor en Alemania, siendo continuada por el grupo «dadaísta» y «surrealista» de Zurich, del que Jorge Grosz y Max Ernst fueron los más célebres descendientes. No satisfechos de utilizar para sus cuadros viejos tisúes y viejos papeles, emplearon además toda clase de materiales: pedazos de madera, trozos de vidrio, muelles de relojes, cabellos, recibos, sellos de correo, tickets de tranvía, billetes de Banco y fotografías adulteradas por cortes y sobreimpresiones. El resultado fué muy diferente de la inicial idea de los cubistas parisinos. El juego, la fantasía agresiva—necesidad de «épater le bourgeois»—, superan aquí la delicadeza artística. Se asegura, sin embargo, que este género de ejercicio influyó mucho sobre los surrealistas en su evolución.

En todo caso, el «collage» ha sobrevivido hasta nuestros días, y la exposición de Nueva York muestra una obra de Schwitters fechada en 1946 (una de sus últimas composiciones, ya que él muere ese año en Inglaterra, donde buscó refugio en 1937). Se pueden contemplar también obras recientes de Joan Miró y de Salvador Dalí, del americano Arthur Dove y del inglés Roland Penrose.

Tales ejercicios parecen hoy pasados de moda, y, por ello, si se mira con atención el centenar de telas expuestas, desde los fragmentos de diarios cúbicamente orquestados hasta los sabios montajes fotográficos, descúbrese pronto que el género no ha muerto, sino que revive ciertamente en los «découpages» de Hollywood, en la publicidad americana—puerta de oro del surrealismo—, así como entre los decoradores y dibujantes de modas, creadores de «écharpes» en los que puede leerse: «Te amo», entre torres Eiffel.

La sobreimpresión en su desarrollo no se ha limitado a las bellas artes; no olvidemos las fantasías de Cocteau, ni el famoso poema de Apollinaire impreso en forma de corbata. ¿Quién puede asegurar que Paul Eluard no se ha sentido influido también por estas digresiones pictóricas?

Nueva York, Julio.

toles del hallazgo y concédenos una muerte cristiana en el humilde servicio de enseñar el «camino de las estrellas». Amén.»

LUIS ORTEGA HERRAIZ

UN CUENTO MÁS

De otras cosas, del tío Rigberto y de los "Ismos"

Todo el mundo tiene sus pequeñas manías, y yo, para no ser menos, tengo dos que yo conozca (aunque nuestros verdaderos defectos son los que tenemos sin saberlo). Y estas mis dos manías son las siguientes: tener amigos, muchos amigos y dar calderilla a todos los niños pedigüeños, sin pararme a reflexionar si lo necesitan o no, si me engañan o no, o si les beneficio o no con mi óbolo.

La primera de ellas me produce pocos disgustos, algunas molestias y muchas satisfacciones; aunque, de algún tiempo a esta parte, noto que voy teniendo demasiados amigos, pues ya me han dicho que por ahí se me critica y todo, no sólo en mi faceta de aprendiz de cuentista —en lo que tendrían razón—, sino en cosas que atañen a mi vida particular, síntoma seguro de que mi círculo de conocidos aumenta, de una manera alarmante, en número y selección.

En cuanto a la segunda, va dando al traste poco a poco con mi menguado capital de estudiante, ya que, al menos en la ciudad en que vivo, mis desharrapados amiguitos y amiguitas aumentan en razón directa al aumento de mis amistades antes apuntado; y no hay sesión de «cine», reunión a que asista, café o copa de licor que tome, que no sean atentamente vigilados, anotados y tenidos en cuenta por los componentes de los círculos de mis dos manías, cada uno de ellos para sus respectivos fines, cosa que me divierte en cuanto al primero y me arruina, como digo, en cuanto al segundo.

Pues bien: por uno de los muchos amigos que capté en alguno de los momentos de actividad de mi manía primera, me fué recomendado hace unos días un caballero para que le acompañase durante su visita a la artística ciudad de X, de la que dicen—con esa maravillosa facilidad con que en nuestro mundo de hoy cargan a cualquiera de méritos, u organizan homenajes, o nombran académicos—que poseo algún conocimiento, cosa de la que no estoy muy convencido. Pero el mencionado señor me fué simpático, no sé si porque fumaba cigarrillos rubios o porque tenían ese aire de seguridad que presta a las personas la afortunada carencia de problemas económicos, por lo que me presté de buena gana a servirle de guía, y me fuí con él a la citada ciudad; y cuando ya no quedaba dentro de mí nada que comunicarle y hubo llegado al convencimiento de que sabía más cosas de X que yo mismo, en mi afán de agradarle le llevé al estudio de un pintor conocido mío que practica el modernismo, el impresionismo, el surrealismo y el futurismo, géneros todos de mi gusto y pintor al que admiro, pues si bien no entiendo nada de sus cuadros me tiene, sin embargo, anonadado con su verborrea sobre sus conocimientos de la técnica y del dominio del color —que combina de la mejor manera posible para confundirnos y que no sepamos nunca qué es aquéllo que pintó—, y, sobre todo, por el aplomo con que dice que practica el arte del futuro, afirmación que me conmueve profundamente y a veces hasta llega a emocionarme.

El caballero por mí acompañado examinó cuanto allí había con atención, elogió todo lo que había examinado y alentó al artista—que, a su vez, le dijo que tenía una exquisita sensibilidad—, y luego, cogiéndome misteriosamente de un brazo, me invitó a café con ese aire que suele adoptarse cuando vamos a revelar algún secreto. Y, en efecto, en un rincón acogedor y solitario de uno de estos cafés provincianos, en donde lo mismo se organiza una cacería que se ultima un negocio o se fragua una intriga, me dijo lo siguiente:

—Le habrán informado de que yo soy un hombre rico; esto es cierto. Proviene mi fortuna de una herencia que me dejó un tío mío, que era mi padrino y no tenía hijos. Mi tío Rigberto, tal era su nombre, era el tipo, en todo tiempo tan corriente, del hombre con dinero que teniendo ese barniz mundano necesario y suficiente para que le consideren a uno un hombre «enterado» y culto, es, en el fondo, un profano en muchas de las cosas de las que se permite opinar. Estos hombres, con un raro sentimiento particular, mezcla de demostración de sabiduría, ir al compás de los tiempos, porque da tono, porque es caro y porque es raro, hacen cosas tales como: audición de con-

ciertos en los que duermen; asistencia a conferencias, recitales y Ateneos en los que bostezan, y compra de esculturas, miniaturas, esmaltes, repujados y, sobre todo, cuadros, cuanto más avanzados y raros mejor, de la misma manera que adquieren el último modelo de automóvil; y fué de esta manera como mi tío Rigberto, a mi vuelta de Alemania, a donde fuí a perfeccionar mis estudios, me mostró con satisfacción su casa, en donde había sustituido esas copias de esculturas clásicas que hay en todas las casas y los retratos de venerables señores condecorados y barbudos denominados ascendientes, por telas con rompecabezas de colorines o simplemente sucias, atravesadas sin orden ni concierto por líneas rectas, curvas, mixtas, quebradas, onduladas y espirales, debajo de cuyas telas había escritas, nunca he sabido por qué, frases tales como: «Paisaje de la costa catalana en la primavera florida de 1933», o «Bailarina española danzando el bolero en una caseta de la feria de Abril».....

Mi pobre tío me decía con suficiencia y orgullo: «Este es un Picasso, y este otro un Miró, ¿qué te parecen, sobrino?».

Aquéllo me deprimía por dos razones: la primera porque, rodeado de aquellas obras de arte, comencé a tener pesadillas por las noches, y la segunda, porque mi herencia se veía mermada de una manera escandalosa cada vez que uno de aquellos cuadros engrosaba la colección de mi tío.

No obstante, rebasados los primeros momentos de estupor y sereno mi ánimo, asistí friamente a una curiosa demostración de la estupidez humana: de una parte, mi tío y sus amigos gastando sumas fabulosas en cosas de esas que no les interesaban lo más mínimo, sólo por poder invitar a otros y exhibir sus adquisiciones, tanto más celebradas cuanto más raras y descabelladas. De la otra, los pintores. Los había de dos clases: unos, los más famosos en la nueva moda, que sabiendo de veras pintar, hacían eso porque lo vendían y bien, y otros, que alucinados por los precios conseguidos por los anteriores, seguían sus pasos. Estos últimos fueron el preferente objeto de mis observaciones, ya que, con esa afición que poseemos a engañarnos y a no querer reconocer el verdadero origen de nuestros actos, se habían autoconvencido de que pintaban guiados por el arte, cuando en realidad lo hacían por utilidad. Y era verdaderamente curioso verlos gesticular y acalorarse defendiendo la autenticidad de su móvil y su fe en el género que practicaban.

Había, en fin, aunque en menor número, otros que por pura ineptitud no podían hacer otra cosa, y cuatro o cinco que pintaban así, con verdadera buena fe, los cuales, aunque errados según mi punto de vista, merecieron toda mi consideración.

Cuando mi tío Rigberto murió, toda su fortuna, como le he dicho, vino a mis manos, incluídos los cuadros. Pasado un tiempo prudencial y cumplidos todos mis deberes para con mi tío, procedí a poner su casa, ya mía, adornada a mi gusto, y pensé en malvender todo aquéllo con un secreto sentimiento de placer muy parecido al que proporciona la venganza. Y estando ya en tratos con un chamarrilero, un día, no sé por qué, recordé algo que había leído en mis tiempos de estudiante; como tengo muy mala memoria, no recuerdo el nombre del filósofo, ni tampoco el tecnicismo de su teoría, pero sí creo en cambio recordar que, en síntesis, venía a decir algo así como que los ciclos de la civilización se repetirán, y que después de esta época y de un gran cataclismo, vendrá otra que pasará por las mismas etapas en su desarrollo; si eso es así, volverá a haber Prehistoria. Pues bien; dejé los cuadros en el desván por si alguno se salva del cataclismo y en la Edad Moderna del nuevo ciclo lo descubre algún curioso investigador y lo atribuye a los prehistóricos de su ciclo; así al menos un hombre se cubrirá de gloria y una nación guardará religiosamente en su Museo Arqueológico uno de esos infantilismos.

Y así terminó mi nuevo amigo. A mí, que no soy tan culto como él ni he leído Filosofía, no me hizo gracia la cosa, y por eso se la cuento a ustedes a ver qué les parece, advirtiéndoles que en absoluto me hago responsable de las teorías de mi personaje, ya que yo..... tengo las mías propias, ¡qué caray!

JOSÉ SÁNCHEZ